

VIOLENCIA Y DEGRADACIÓN URBANA

Silvio Schachter¹

Resumen

El punto de partida del artículo es la crítica a los análisis parciales y segmentados acerca de la omnipresencia de la violencia en las ciudades de nuestro tiempo. En ese sentido busca identificar y analizar las formas visibles o veladas que confluyen en una sinergia de eventos y acciones que regularmente no son identificados como causales directos o motivadores de violencia urbana, entre otros la fragmentación, la segregación, la gentrificación, la apropiación especulativa del territorio, la degradación del medio ambiente, la localización forzada en hábitat precarios, la disparidad en el acceso a los servicios de salud y educación, el deterioro del transporte público. Las múltiples determinaciones de la violencia indican la necesidad de replantear el debate acerca, de la forma de apropiación y producción del espacio en el capitalismo tardío, que genera una urbanización cada vez más caótica y agresiva.

Palabras clave: violencia, ciudad, urbanismo, arquitectura, capitalismo tardío.

Resumo

O artigo parte da crítica às análises parciais e segmentadas sobre a onipresença da violência nas cidades do nosso tempo. Assim, o artigo busca identificar e analisar as formas visíveis ou veladas que confluem em uma sinergia de eventos regularmente não identificados como causadores diretos ou motivadores da violência urbana, sendo, dentre outros, a fragmentação, a

¹ Arquitecto, periodista, ensayista, investigador de políticas urbanas, editor y coautor del libro *Tiempos violentos*, Ed. Herramienta, Buenos Aires, 2014. Autor entre otros de los ensayos de: *Buenos Aires una metrópoli sin ciudad*; *La mancha urbana*, Puerto Madero; *a 25 años de su creación*; *El ocaso metropolitano*, *archipiélagos desmesura y exclusión*.

segregação, a gentrificação, a apropriação especulativa de terras urbanas, a degradação do meio ambiente, a habitação forçada em moradias precárias, a disparidade no acesso aos serviços de saúde e educação, a deterioração do transporte público. Estas múltiples determinações da violencia indican a necessidade de redireccionar o debate sobre a forma de apropriação e produção do espaço no capitalismo tardio, que tem originado uma urbanização cada vez mais caótica e agressiva.

Palavras-chave: violência, cidade, urbanismo, arquitetura, capitalismo tardio.

Usualmente la utilización del concepto de violencia urbana se refiere a los hechos que tienen como locación a la ciudad y solo ocasionalmente se piensa la violencia como la interacción entre fenómenos asociados y condicionados por el modo de producción del espacio. Una relación donde lo social y lo físico como causa y efecto tienden a superponerse.

La violencia ha modificado drásticamente las conductas de la población, su modo de percibir y resolver la cotidianidad, la lectura de los símbolos, señales e hitos que referencian el sentido de comunidad real e imaginario, y consecuentemente ha cambiado la forma de pensar y hacer la ciudad. Ha impuesto la ruptura de vínculos sociales y personales, reestructurando hábitos familiares, estratificando formas y territorios, cristalizando fronteras materiales y virtuales, dando un nuevo carácter a los históricos conflictos de clase, identitarios, de género y etarios.

La aversión a lo público, el avance de la lógica privatizadora, el desarrollo de una arquitectura que diseña sobre la base del patrón dominante del miedo y la inseguridad, junto a la multiplicación de los mecanismos de control, la impunidad de los aparatos represivos del Estado, la corrupción, el ascenso de la criminalidad, el crecimiento de la seguridad privada y la militarización de áreas de la ciudad, han erosionado los supuestos teóricos y la materialidad sobre la que se fundó la vida urbana de la modernidad.

La fragmentación, la segregación, la gentrificación, la apropiación especulativa del territorio, la degradación del medio ambiente, la localización forzada en hábitat precarios, la disparidad en el acceso a los servicios de salud y educación, el deterioro del transporte público, son las formas, visibles o veladas, que confluyen en una sinergia de eventos y acciones que regularmente no son identificados como causales directos o motivadores de violencia. Estos sucesos se despliegan ocultos o relegados, por la excluyente, ambigua y generalizada demanda de seguridad, producida por el aumento de la criminalidad.

Si bien la violencia en nuestras ciudades es omnipresente, su análisis sigue siendo parcial y segmentado, abordado como respuesta insuficiente y defensiva, frente al permanente tratamiento mediático que sostiene políticas de intolerancia, de corte represivo y de justificación de la justicia por mano propia. La sociedad asimila pasivamente esta lógica, lo que inhibe posibles praxis alternativas a las políticas que se toman, tanto desde las instituciones como desde el ámbito privado con acciones negativas, que refuerzan una tendencia que se presenta como irreversible. La contracara simplificadora transfiere a la ciudad en sí misma la causa de la violencia, por tanto tomar distancia, aparece como la única fuga posible.

Es necesario replantear el debate acerca, de la forma de apropiación y producción del espacio en el capitalismo tardío, que genera una urbanización cada vez más caótica y agresiva, una disociación entre los flujos globalizados y el asentamiento en los lugares, una urbanización sin ciudad, cuya consecuencia es el crecimiento exponencial de la conflictividad y las contradicciones, que se potencian ante la densidad de la urbe y la creciente degradación y hostilidad de la vida citadina.

Teatro, escenario y protagonista

La violencia urbana no es producto de una causa natural, desviación moral o legal, es más que el hecho delictivo legalmente tipificado, tampoco es una suma de factores de riesgo, es básicamente una relación social, una forma particular y plural de expresar la conflictividad política y social, que se da en un territorio y en un tiempo específico, explicitando un vínculo complejo e interrelacionado, de la violencia con la ciudad y de la ciudad con la violencia.

Son los actuales tiempos más violentos? ¿Es posible hacer paralelismos? ¿Hay diferencias o es solo un proceso continuo debido a un rasgo inherente al ser ciudadano?

En las últimas décadas, el delito y la acción criminal, sumados a otras formas de violencia interpersonal han adquirido, por su magnitud y complejidad, una dimensión inédita transformándose en protagonista esencial para la interpretación de los procesos socio-espaciales de nuestras ciudades, que son agrupados genéricamente bajo la denominación de violencia urbana. Las distintas violencias se han constituido mecanismos excluyentes de resolución de los conflictos, se imponen como recurrente manera de ser alguien y sobrevivir en el anonimato urbano, como formas de comunicación de los mensajes hegemónicos, como respuesta a otras violencias primarias y sistémicas, como una vía para visibilizarse. Las violencias han transformado el modo de vivir y padecer en las ciudades.

Los conflictos cotidianos, las relaciones más simples, son tocados por el modo beligerante de dar trámite a las diferencias o desacuerdos. El escenario se torna tanto más complejo pues también se trata de violencias no organizadas, aunque siempre son una resonancia de la forma como se ejerce desde el poder, rompen con la verticalidad como única dirección, con actores y expresiones difusas que atraviesan todas las capas, se horizontalizan y al hacerlo pierden fundamentos ideológicos.

La relación violencia-miedo-inseguridad ha resignificado los temas que siempre han sido protagonistas del hacer urbanístico, el hábitat, la vivienda, el transporte, el medio ambiente, la recreación, el equipamiento, la movilidad. Lo público y lo privado, el centro y la periferia, la dimensión física y la temporal, el cuerpo y el lenguaje, viven un proceso de cambio constante con la volatilidad que supone la construcción sobre un territorio minado de tensiones.

El mundo de la sinrazón desborda e intenta ser contenido infructuosamente por la norma y la autoridad, que muestra su incapacidad e ineficacia para el mantenimiento de un hipotético orden ciudadano, por medio de estructuras edificadas sobre la base de políticas de seguridad impuestas por lógicas represivas, alimentadas más en urgencias políticas que en la genuina búsqueda de respuestas certeras. El reconocimiento manifiesto de la imposibilidad de enfrentar la crisis de la metrópolis, que cada vez es menos ciudad y se aleja en términos materiales y conceptuales de sus modelos de urbanidad y civilidad propios del ideario construido en la modernidad, es trasladado a su ontología. La ciudad de la furia, dura y criminal, es considerada la causa originaria del mal vivir, su hostilidad es considerada inmanente y en consecuencia se la carga de negatividad, con una visión que objetiva a la ciudad en sí como el origen de la disfunción.

Es en las metrópolis, centro donde se concentra el poder, que al fluir desata una convulsión de fuerzas fragmentadas, que se encuentran y desencuentran, dando lugar a su carácter turbulento y caótico. Su lectura no puede ser acotada, ya que responde a una complejidad de fenómenos de origen múltiple, es un organismo atravesado por infinitas tensiones, un invisible entretejido que relaciona de manera más o menos evidente cada elemento entre sí y estos con su totalidad. Es más que un registro cartográfico de los sucesos en el territorio, esa la vez productora y marco condicionante. La urbe es lugar, teatro en tanto es sitio material, pero no es lugar pasivo, es producto del trabajo social y como tal interviene en la génesis de la violencia. Es obra,

texto en creación, que involucra a los actores que la protagonizan, ejecutan y transforman bajo el signo de las relaciones dominantes.

La disputa voraz y asimétrica por la posesión del suelo –bien escaso e irreproducible–, la especulación inmobiliaria, la concentración y superposición de actividades, su expansión sin límites, la restringida y caótica movilidad y los efectos del impacto ambiental que produce su huella ecológica, imponen en su dinámica conflictos, contradicciones y confrontación de intereses. Frente a este medio hostil, sus habitantes actúan y reaccionan con una propensión creciente a resolver sus tensiones mediante el uso y abuso de la fuerza, la agresión física y la virulencia verbal, método belicoso que se va asimilando como modo regular de relacionarse individual y colectivamente. En el sustrato se acumula un rimero de promesas incumplidas, ilusión de una improbable ciudad transparente y resplandeciente, comprensible, tranquila, prolija ordenada y controlada, donde la posibilidad de un acontecimiento que altere su quietud pueda ser cauterizado inmediatamente. Esta fantasía insatisfecha es motivo fundante de una frustración crónica, que alimenta rechazos y escapismos.

La búsqueda de la belleza escénica que justifica la gentrificación y la operatoria de valorización de áreas pobres de la ciudad, es una de las formas de violencia simbólica, que se legitima limpiando a los “feos, sucios y malos”. Para ello se apoyan en modelos interpretativos basados en teorías como el de “ventanas rotas”, que focaliza en el deterioro del entorno construido un elemento determinante de la violencia o el que sostiene que los procesos migratorios, internos y externos, son determinantes en el análisis de los motivos de la degradación citadina, ya que los inmigrantes que no ven satisfechas sus expectativas, no logran adaptarse y pierden todos sus controles sociales tradicionales. Estos análisis carecen de demostración fehaciente, explican fenómenos parciales y dieron sustento teórico a las políticas de tolerancia cero, alimentando la limpieza social y el desarrollo de un ideario estigmatizante de la pobreza, la xenofobia y el racismo.

La refutación de estas concepciones no puede desconocer que el incremento de la criminalidad, la diversidad de sus registros y métodos, junto a su creciente profesionalización, conducen a que la violencia de raíz criminal sea uno de los problemas que más afecta la calidad de vida urbana. La descomposición de las condiciones para una vida comunitaria, la ruptura del lazo social, la desesperación por la falta de un horizonte superador, la marginación, el aislamiento, la desconfianza son el abono donde germina la violencia. A su vez cada una de las reacciones de defensa o agresión de la población, disparan nuevos comportamientos imprevistos, configurando una dialéctica permanente de causas y efectos, que fortalecen la sensación de estar lidiando con acontecimientos incomprensibles e inmanejables. La concentración de la riqueza y los mecanismos represivos de los que hacen uso quienes la poseen, engendran una profunda agresividad no sólo a nivel social, sino también individual.

La urbe salvaje

La fragmentación característica del espacio posmoderno es propia también del mundo económico social de la ciudad actual. Esto está relacionado con la desterritorialización, no en el sentido de cambio previsible, sino por el contrario hacia un cambio imprevisible, sensación que se ha adueñado de la sociedad en los últimos años. La percepción de riesgo e inestabilidad en un futuro cargado de malos presagios, abona la tendencia a la multiplicación de estallidos emocionales individuales y colectivos.

La restructuración constante del espacio se ha acelerado en la etapa del capitalismo globalizado. Este proceso, que es jerárquico y diferencial, deviene en múltiples formas de fragmentación y segregación residencial, que refuerzan la exclusión social y económica y la desigualdad. Las clases privilegiadas escogen y legitiman estas diferencias entre los que pertenecen a segmentos

socio-económicos opuestos y construyen mecanismos de control y coerción para que esas relaciones permanezcan. Para ello disponen de un doble poder sobre el espacio: el dominio que les asegura la propiedad privada del suelo y el conocimiento de la estrategia y la acción del Estado que actúa como garante de sus intereses. Así, pueden reivindicar una posesión de ese espacio, como una conquista sobre quienes consideran, pueden amenazar sus prerrogativas, fortaleciendo el rechazo de la heterogeneidad, a favor de grupos de falsa cohesión, cuya pertenencia responde a mitos y deseos, estereotipos y prejuicios, según los cuales cristalizan límites estrictos entre la ciudad formal y la informal.

El derecho a la ciudad, es un derecho social que significa el acceso de todos los ciudadanos a ser parte de la producción, del uso y la modificación del espacio urbano, pero la noción patrimonialista lo transforma un contrato entre los propietarios del suelo y el Estado, que actúa como disciplinador ante el ocupante sin recursos, a quien se restringe y delimita la posibilidad de habitar la ciudad. En la medida que el sujeto hacedor de la ciudad no es el pueblo de ciudadanos soberanos-figura sobre la que se constituyó el lazo social moderno- y es remplazado por el del consumidor contribuyente, la ley del mercado es la que define la condición urbana y quien no la cumple, queda afuera. Afuera no es un sitio pasivo, es condena al escarnio, al no-reconocimiento, al desarraigo y la reclusión territorial. Así las grandes urbes asumen un doble perfil, son convocantes como lugar de supervivencia, para quienes son empujados por los cambios profundos en los modos de producción y a la vez son violentamente expulsivas, absorben y segregan.

Una matriz de alejamiento más que de proximidad, de sospecha preventiva más que de confianza, se extiende al conjunto de los vínculos sociales. La vocación por el enclaustramiento elimina la capacidad de experimentar nuevas relaciones y ejercer una de las cualidades esenciales de la actividad humana: cuestionar las condiciones existentes.

En la tarea de limpieza urbana, el miedo y la violencia son usados como un artificio, un idioma para pensar al otro, porque una sociedad transida por prejuicios, animosidad y beligerancia, es incapaz de cualquier alteridad, alimenta el odio y la justificación de cualquier acción punitiva.

Cuando se hace referencia a determinadas zonas peligrosas, las villas y barrios pobres son consideradas áreas de concentración de delincuentes, el nicho malthusiano, un excedente en el equilibrio demográfico de la ciudad, todo aquel que vive allí es descalificado como ciudadano, marcado como habitante de un territorio sin control, deslocalizado, promiscuo, sin autoridad y por tanto justificadamente segregado. Ese territorio no elegido por los millones que lo habitan, es a su vez teatro de una dura conflictividad, donde sus habitantes y sus formas organizativas autónomas enfrentan sin equivalencias la actividad criminal, el clientelismo político, la burocracia de los organismos estatales y la administración prebendaria de la pobreza.

Quienes allí moran son víctimas de una economía predatoria y expulsiva, un segmento de la sociedad que forma parte del círculo más vulnerable del capitalismo flexible. Enajenados de sus cualidades como sujeto de derecho, la negación de su espacio como parte de la ciudad les otorga una identidad genérica definida por su hábitat, que en su forma alienada, cosificada, adopta la figura peyorativa de villero.

El discurso sobre la mutación de las clases empobrecidas en formas parasitarias, que injustamente viven de los impuestos que pagan los contribuyentes y como agravante cometen delitos contra quienes los sostienen, se consolida como un sitio desde donde establecer la ajenidad, reafirmando el par binario “ellos” y “nosotros”, donde nosotros significa normal y decente, y ellos el anverso carente de estas cualidades morales. Es este proceso esencialista el que los demoniza, instituyéndolos como una entidad homogéneamente abyecta y disfuncional.

Es esta deshumanización de las relaciones la que nos aproxima a la barbarie de la guerra, que niega la humanidad de aquel que considera un enemigo, sin nombre, sin historia, sin futuro. No pertenece a un lugar que nos dé referencias de sus lazos afectivos, solo está donde no debería estar y puede ser removido. Sus espacios son caracterizados como la “ciudad salvaje”, ante los cuales la “civilizada y homogénea”, se blindo reforzando una lógica de fronteras. Ciudad de fronteras, con límites y barreras, virtuales y materiales, está reglado y el de otros negado. Al salir del territorio asignado por la segregación espacial, inmediatamente se le hace sentir un extraño, sometido a identificación, control y vigilancia.

Esta realidad se tensiona aún más porque tales límites son traspasados por quienes, para trabajar, vienen desde la ciudad oculta y al hacerlo recorren y registran la otra ciudad, aquella donde las imágenes creadas por la publicidad y los medios de comunicación ofrecen ilusiones de consumo democrático, promoviendo modelos que solo son compartidos ficcionalmente, metabolizando fuertes valores y símbolos sociales, con ritos de aceptación sin reservas de la insatisfacción organizada, donde el premio por consumir es seguir consumiendo. Es esta simulada inclusión cultural la que inyecta el virus de la humillación y el resentimiento. Es más fácil ignorar el sistema que uno desprecia, que ignorar aquel que uno admira.

En una urbe sin nexos, plena de asimetrías, sin articulaciones ni enlaces, sin áreas de encuentro, en la que no hay urdimbre comunitaria donde tejer vínculos, carente de toda alteridad, el miedo a lo desconocido y su secuela, el odio al diferente, son una consecuencia lógica. En este modelo, que se nutre de las antinomias y no de integraciones, pues precisa de ellas para sobrevivir, está una de las causas de la creciente violencia que se transforma en un elemento más de injusticia en una metrópolis que ya padece demasiadas.

Cuando se habla de temores en la ciudad, se da por sentado que quienes los experimentan de manera especial son quienes el Estado y el mercado

consideran como ciudadanos. Por eso las semióticas de subjetivación están en función de proteger ese cuerpo social de cualquier sobresalto, proveniente de la irrupción de un otro, constituyendo segregados masivos y simultáneamente identidades y pertenencias abstractas.

El espacio público, otrora un lugar de encuentro de los distintos, pierde significado, es una suma de intersticios sobrantes, solo un área excedente dentro del damero edificado, se convierte en simple recorrido conectivo, en tanto queda circunscrito únicamente a una cinta de circulación, a su vez, también fracturada, entre quienes se desplazan en transporte individual y quienes sufren el deterioro del colectivo; entre automovilistas prepotentes, espoleados por el tiempo y peatones ignorados; entre quienes recorren circuitos acotados y quienes viajan interminables horas para desplazarse desde sus vivienda al trabajo. La consecuencia es la pérdida de arraigo colectivo, donde un urbanismo salvaje que obedece a un cálculo de racionalidad formal y comercial va destruyendo poco a poco todo paisaje de familiaridad y confianza en el que pueda apoyarse la memoria colectiva y un proyecto solidario.

El pensamiento unidireccional ubica al espacio público y a los barrios marginales como el sitio favorecedor de la violencia, negando así que en el ámbito privado y consolidado también acontecen expresiones tipificadas de violencia familiar, de género, sexual o laboral.

La violencia no es un mal de quienes viven en la pobreza, ni se da exclusivamente en los territorios precarizados, esa interpretación con aspiraciones progresistas puede ser funcional a las estigmatizaciones y a las lógicas represivas. Las violencias, en todas sus formas, así como el miedo y la sensación de inseguridad, atraviesan al conjunto de la sociedad y a los espacios que ésta crea. Sus diferentes actores pueden cambiar de conductas de acuerdo al lugar que ocupan en cada situación, en el trabajo, en su hogar, en la escuela, en la calle, en un recital de música o un evento deportivo expresando tendencias que se ven estimuladas o debilitadas conforme al

contexto y pueden pasar de víctimas a victimarios en un tránsito tan veloz como imprevisible.

La dualidad de opuestos no capta integralmente el cuadro socio-espacial de la ciudad, ni las dinámicas de los protagonistas que la recorren. No logra interpretar las conductas y sentimientos, ni el resentimiento del excluido, ni todas las contradicciones en el campo de los incluidos. El discurso acerca de la exclusión social, con su estructura binaria, puede llevar hacia un camino que refuerce la construcción de nuevas barreras morales y distinciones esclerosadas. Por otra parte, cuando las diferencias son irreconciliables, hacer culto de la inclusión suele alimentar la aceptación del *statu quo* de la desigualdad.

Arquitecturas y narrativas del miedo

La violencia genera un tipo singular de estructura del espacio donde se proyectan las formas y narrativas del miedo convertidas en paradigmas hacedores de la ciudad, aceptados y universalizados de modo unívoco como un patrón constitutivo surgido por la persistente sensación de riesgo.

El miedo y el relato del crimen producen interpretaciones y explicaciones simplistas y estereotipadas, que organizan el paisaje urbano y el espacio público modelando el escenario para interacciones que adquieren un nuevo sentido en una ciudad que progresivamente se va cercando entre muros.

Los rostros de los miedos no siempre son reconocibles. Cuando la taxonomía del otro peligroso es un arquetipo cargado de prejuicios, su ubicación puede estar en el territorio desconocido o habitar la propia cotidianeidad, a partir de lo cual se complica el discernimiento entre el relato y la realidad.

La relación violencia - miedo - seguridad se ha integrado en una tríada difícil de desagregar. El miedo es vivido como sentimiento y la violencia como acción, pero cuando la acción cesa, el miedo persiste, reaparece, asciende, cambia de motivo y de forma. Siempre tiene una espacialidad, se proyecta y le da un sentido al lugar, que luego el sujeto generaliza hacia otros lugares y actos. Esta lógica prefigura comportamientos, desde los más complejos hasta los más sencillos. Cada vez que se articula un cerrojo, se activa la alarma del automóvil, en el simple modo de acomodar un bolso o una cartera, o en la rápida caracterización de quien camina a nuestro lado, la situación remite a la existencia de inseguridad y da la señal de alerta a nuestros sentidos. Cuanto más miedo, más fragmentada será la sociedad y cuanto más segmentada esté la ciudad, más fácil será dominada por el miedo.

En la jerarquía de estos miedos, la pérdida de trabajo, las enfermedades, los accidentes, cedieron primacía al temor de ser víctima de una acción criminal. Aunque las estadísticas muestren que las muertes por accidentes o negligencia en el tránsito triplican al de las víctimas de homicidio, la sociedad del automóvil, que se apropió de la ciudad, no admite restricciones, no es puesta en cuestión y raramente es vinculada con el sentimiento de inseguridad. Mientras los automovilistas reivindican su derecho a circular sin obstáculos y demandan la criminalización de la protesta callejera, nadie reclama a quienes han bloqueado barrios enteros con calles de uso privado.

La ideología securitista y la obsesión por la homogeneidad social son globales. La sociedad, en un período relativamente corto, adaptó sus conductas y aceptó un sinnúmero de medidas y objetos que han ido incorporándose a sus hábitos cotidianos y rituales familiares. El hábitat ha sido rediseñado con una estética del temor, la arquitectura del miedo condiciona los actos, modifica el entorno y los recorridos urbanos. El paisaje urbano se divide entre zonas fiables o inseguras, lugares con resguardo o desprotegidos, antinomia que define el linde entre lo confiable y lo riesgoso. El abandono de ciertos lugares de la ciudad, y su conversión en áreas prohibidas, condena a una movilidad

condicionada a sus residentes, con una infraestructura de transporte y de servicios que se adapta al carácter amenazante de esos sectores, aislando aún más a sus habitantes.

La sensación de inseguridad acorta la franja horaria, lo que genera el efecto de reducir el tiempo vivencial de la urbe. Ciertos sitios tienen un valor de uso acotado, con lo cual las ciudades tienden a desaparecer en la noche. Pasadas ciertas horas se considera aventurado salir del ámbito casero, solo pequeños bolsones muy vigilados se mantienen como reductos de esparcimiento nocturno para un segmento privilegiado.

Los extremos etarios, ancianos y niños, son quienes principalmente padecen la imposibilidad de experimentar la libertad de recorrer y sentir la ciudad. Los mayores la recuerdan con nostalgia, como un recuento de pérdidas sucesivas que los ha llevado al confinamiento, mientras que a los infantes les ha tocado ser una generación a quien le ha sido negada la posibilidad de foguearse en la aventura de descubrir con los sentidos el mundo de la diversidad, construir su propio universo, establecer sus propias afinidades sin tutelajes, ni las mediaciones propias del universo de los adultos atemorizados.

La regulación del temor se extiende con un vasto repertorio de estrategias. Con el argumento de garantizar su control, avanza un proceso de deconstrucción del espacio público, una señalización que nos advierte de la necesidad de cuidar nuestro equipaje y bienes personales en las estaciones y medios de transporte, voces advirtiendo que estamos siendo filmados o grabados, letreros que indican que el área está protegida por alguna empresa privada de monitoreo satelital, nos hablan de una semiótica urbana del peligro. Una nueva estética urbana que tematiza las relaciones intersubjetivas es mediada por vidrios blindados, sensores de movimiento, intercomunicadores, muros rematados con alambradas o por las más rústicas y tradicionales rejas. La reja, objeto símbolo de prisión, cárcel y encierro, es hoy la piel a través de la cual se visualizan edificios y plazas. Espacios vigilados, cámaras de video, guardias

civiles, tarjetas de acceso, detectores de robo en prendas y objetos se imponen como necesarios, validando la universalidad de la categoría de sospechoso. Las luces ya no iluminan nuestros paseos, se encienden para prevenir a los intrusos. El temor se hace trama constitutiva de la existencia, va fabricando los equipamientos de las ciudades que definen las formas de vida en la ciudad: el reparto de botones anti-pánico entre la población es el reconocimiento explícito a la necesidad de una terapia electrónica para enfrentar el pánico ya instalado.

Los lugares abiertos e irrestrictos de intercambio a escala vecinal y barrial se consideran incontinentes, desprotegidos, azarosos, visualizados como territorio hostil en una escena de potenciales amenazas. Su degradación o desaparición, significa aceptar las relaciones que experimentan la vida sin sociabilidad física, cada vez más limitados al mundo virtual y protegido, donde los vínculos se producen en ausencia; donde lo reticular es el fundamento del texto sin el cuerpo, acusando una falta de conexión con el mundo material que provoca un estado de vértigo interior permanente, que impide la noción de totalidad, remplazada por un universo de espacios fragmentados.

Las ciudades se hacen cada vez más privadas y domésticas. Prueba de ello es el significativo crecimiento que ha tenido la cultura a domicilio, el planeta *delivery*, cine en casa, comida en casa y trabajo en casa. Cada vez es más frecuente que la casa se habite en exceso y en la ciudad apenas se circule, la vida se vuelve introspectiva, el nuevo centro urbano tiende vertiginosamente a ser el espacio reducido de la casa. El discurso de la inseguridad fractura el exterior del interior, encierra a las personas en sus casas, convertida en última frontera; un refugio que no puede ser más que temporario, elusión transitoria de un conflicto que no puede ser ocluido.

Vivimos la paradoja de una sociedad que mientras refuerza su adhesión a la lógica privatizadora, se somete sin resistencia a todos los mecanismos de control social, a una invasión inédita de su privacidad, a una máxima vigilancia y exposición de sus actos. Es incapaz de reaccionar ante la manipulación

estatal y privada de sus datos, al continuo bombardeo del mercadeo virtual y comunicacional, y ofrece sin pudores su intimidad develada en las redes sociales.

La promiscuidad y el encierro habitacional compactan vivencias, acotan el universo familiar a un micro mundo entre muros, impiden la realización social y activa detonantes de agresividad y angustia, promoviendo un sinnúmero de patologías: la topofobia, el temor a ciertos lugares o situaciones, la agarofobia, el pánico a los lugares abiertos o el miedo a la ciudad en su totalidad.

Una parte importante de la dimensión subjetiva de la construcción del miedo, es fruto del desenvolvimiento de las variadas vías de comunicación en torno a la delincuencia, a través de la obsesiva conversación cotidiana, de su presencia en las redes sociales y de los medios que la reproducen. Su potencia queda evidenciada en los elevados porcentajes de selección a través de los cuales la gente se entera de situaciones vinculadas con hechos de violencia y por la cantidad y calidad de la crónica roja expuesta diariamente. En un período de 30 años hemos transitado de una crónica del delito como excepción, a una crónica del delito como cotidianidad. La narración de historias posibilita que los receptores-narradores se identifiquen con las víctimas y se proyecten como posibles blancos de la delincuencia, lo que desencadena mecanismos que activan y reproducen el miedo como proceso viral.

Por otra parte, la anomia de los territorios invisibles y desconocidos se llena de adjetivos genéricos, que instalan las voces mediáticas de opinólogos, con sus interpretaciones epidérmicas e infundadas lecturas a vuelo de pájaro. Esta degradación de la palabra y lo efímero de las opiniones sin sustento, nos habla de su insignificancia, que las ha convertido en un simple número para una democracia de encuestas.

Los medios se han ido convirtiendo en parte del tejido constitutivo de lo urbano son parte de los nuevos sentidos del habitar.

El lenguaje de los medios de comunicación, que controlan y administran las representaciones de la actividad delictiva, construye el proceso de definición del ideario colectivo consolidando una visión prefigurada de lo que es la ciudad. La presencia absorbente de las imágenes sobre el delito, el abuso del morbo y la crueldad, se acopla con un doble mensaje que, sin interrupción, pasa del horror a la saturación de figuras publicitarias de una imaginaria ciudad feliz, dedicada al placer de comprar. Es esta permanente incitación al consumo y al hedonismo que se le presenta a una mayoría carente de recursos, la responsable de un sentimiento de fracaso, que instala el mensaje de no poder ser, por no poder tener. Así, la impotencia deviene en violencia, la búsqueda infructuosa de un camino para lograr validación social y reconocimiento.

La ciudad sitiada

Fahrenheit 451 (François Truffaut, 1966), *La naranja mecánica* (Stanley Kubrick, 1971), *1984* (Michael Radford, 1984), *Brasil* (Terry Gilliam, 1985) y *Código 46* (Michael Winterbottom, 2003) son películas de estéticas y autores disímiles, filmadas en décadas diferentes, pero que tienen en común sus distopías urbanas, imágenes de carácter anticipatorio, donde podemos vislumbrar que no se trata de un futuro difuso e improbable, sino de un presente reconocible, en el cual ya funcionan los mecanismos que Gilles Deleuze definió como el nuevo monstruo: *la sociedad de control*.

En la ciudad construida y en la transformación de la ciudad existente, las medidas de control toman un lugar cada vez más preponderante. El primer circuito de cámaras en los espacios públicos de la ciudad fue instalado en Inglaterra para controlar y monitorear las manifestaciones de activistas a fines de la década del 60. Desde allí se ha difundido como modelo a copiar en todo el mundo. Centrada ahora en las redes de comunicación, en la vigilancia

automática y la respuesta inmediata a cualquier amenaza contra el orden, la ciudad controladora es también la ciudad punitiva.

El rasgo distintivo de esta época, es que este control y esta pérdida de libertad e intimidación, se acepta sin ninguna resistencia, de forma acrítica; por el contrario, se ofrece como condición necesaria y signo de calidad, creando una estética de la seguridad transformada en un nuevo código de distinción, que no se registra como parte de una arquitectura defensiva que se refugia tras los muros, sino como afirmación de una posición social. Ciudad de muros que esconden y ocultan la vida, donde la fachada ya no es el frente de los edificios, sino la espalda hacia la ciudad.

Es en arquetipo de la cultura posmoderna donde el consentimiento pasivo ante prácticas invasivas funciona normalizado. En los aeropuertos, espacio globalizado por excelencia, disociado de cualquier referencia geográfica, el viajero se somete a escaneos, cacheos y revisiones por personal armado. Los argumentos de vigilancia colectiva conducen hacia el *free-shop* y todos circulan por las arterias del marketing. Otro artefacto urbano, el centro comercial, también reproduce el esquema de la caja cerrada, vigilada y protegida; un espacio clonado, socialmente homogéneo, que dirige los trayectos del consumidor definido como unidad social, desde su casa al estacionamiento y de allí al *mall* impoluto, bordeado de marcas y logos universalizados.

Es en las áreas residenciales periféricas donde la ciudad se fractura y pierde toda continuidad, en un mapa perforado por las calles desiertas salpicadas de garitas de vigilancia privada, los *countries* y barrios cerrados, construidos como verdaderas islas amuralladas, se desconectan del resto, considerado territorio inhóspito, solo apto para acciones punitivas, razias a jóvenes proto-criminales y la recurrente aplicación del gatillo fácil.

En medio de una trama que negocia con la violencia, la ciudad privatiza la seguridad. Una actividad en permanente crecimiento, que ocupa a miles de empleados, personal proveniente de las fuerzas armadas y policiales que vuelven difusos roles e incumbencias. El mercado de la seguridad se apropia de lo que el Estado abandona; de esta manera, la seguridad tiene un tránsito de lo público-estatal a lo privado-empresarial, creando un nuevo producto de alta demanda que también es incorporado a la arquitectura y el urbanismo. Los bienes y derechos de los ciudadanos que pueden pagar, serán protegidos por este sistema que contribuye a profundizar la discriminación, en cuanto involucra solo a una parte de los ciudadanos y a exacerbar la violencia que se ejerce contra el resto, considerado potencialmente enemigo y sujeto a vigilancia.

Estar rodeados de artefactos de vigilancia y control nos recuerda permanentemente que estamos en un sitio de riesgo.

Con la subjetivación de estos mensajes, la población urbana se vuelve incapaz de aceptar el disenso, se recluye en un proceso de ensimismamiento. Es indolente ante la opresión, renuncia a sus territorios existenciales, y se somete a la ecuación de equívoco resultado: seguridad a cambio de libertad. Atosigada por la exposición a una violencia cuya realidad desconoce, la demanda de aseguramiento y el blindaje de espacios impone prácticas y valida discursos que han venido introduciendo nuevas sintaxis, estéticas y valoraciones, cuyo eje vertebrador es la producción de una narrativa disciplinante que no admite refutaciones. La gobernabilidad intenta que la ciudad renuncie a su condición intrínsecamente turbulenta y contradictoria, desconoce su energía cinética; pretende que la ciudad deje de desentrañar sus oposiciones, sus conflictos, y acabe por acatar una autoridad fiscalizadora. Es decir, establecer un sistema homogéneo, basado en un poder político coercitivo, que recurre a la violencia como fundadora del derecho.

En los años 80, las dictaduras de la región impusieron el terrorismo de Estado

apoyadas en la doctrina de la seguridad nacional. Para justificar su aplicación usaron la figura del enemigo interior. En ese período la ciudad se transformó en un siniestro escenario, cuyas imágenes y locaciones perduran en las distintas formas que adopta la memoria. Hoy, con las resonancias de esos tiempos de plomo, la impotencia de una sociedad constantemente bombardeada por actos de agresión, de violencia cuya génesis desconoce, genera necesariamente un grado de esquizofrenia y pánico moral que siembra el camino para todo tipo de variables autoritarias, institucionales y corporativas, aceptando hacer de la ciudad un espacio restringido, vigilado, sometido a control social y político, protagonizando hechos aberrantes de injusticia por mano propia, golpizas y linchamientos que barbarizan la urbe. La angustia y paranoia se vuelcan a la búsqueda desesperada del chivo expiatorio, que transforma a vecinos preocupados en hordas de homicidas, actos que son justificados y apologizados en los medios y en las redes sociales.

El modelo de convivencia no puede ser el de una ciudad sitiada por la sospecha, donde los ciudadanos se controlan unos a otros, con base en la certeza moral de cada cual, con la engañosa convicción de que la suya es la correcta interpretación y aplicación de la norma, o peor aún, la acción irascible sin importarle norma alguna.

La ansiedad abona la manipulación política y mediática que reclama hasta el hartazgo el atajo simplista y ejemplificador. La realidad es que llevamos décadas de soluciones inmediateistas fallidas, que solo conducen a seguir acumulando deuda social y a reproducir las violencias en todas sus formas.

La gente o la opinión pública, devenida en una entidad reificada, es invocada como demandante de orden y seguridad. Pero ¿de qué orden se trata? No es otro que el capitalista, el causante real del caos urbano, de la violencia generalizada, que es un síntoma inequívoco de la decadencia de su orden civilizatorio.

No hay alternativa posible si se piensa en medidas aisladas, ni en soluciones lineales, en visiones teleológicas o mensajes encriptados de la academia. No habrá verdaderas opciones sin la voluntad de superar los límites de la producción socio-espacial capitalista y poner en crisis la estructura de propiedad del suelo urbano, defendiendo su categoría de bien social, un lugar sin dueño, para que la vida tenga lugar.

El análisis del vínculo de lo urbano con la violencia, el miedo y la inseguridad, sigue pendiente, tanto en el ámbito de la investigación como en la actividad de la izquierda política y social, que con su aparente ataraxia persiste en su reticencia a abordarlo de manera frontal y decidida. El rechazo a debatir y a elaborar contrapropuestas, porque se asocia exclusivamente la temática violencia-miedo-seguridad con quienes la utilizan para la opresión de los más débiles, le permite a las políticas más agresivas y autoritarias avanzar en el camino del control y la militarización de las ciudades.

A pesar del poder y los recursos de las fuerzas que actúan para profundizar este camino regresivo, el desafío es intentar construir nuevos paradigmas, ámbitos y metodologías, propias y originales, para el debate y la movilización, para el encuentro y el intercambio, fundando territorios colectivos de resistencia a las distintas formas autoritarias, alienantes, de violencia normalizadora, física y simbólica.

La ciudad no es solamente el lugar de las luchas, es también por lo que se lucha, apropiándola para enfrentar la dominación, en el sentido, no de tener la propiedad, sino para hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio.

La urbe no puede ser un aglomerado de gente acorralada, resignada a una vida amputada; repensar la política es también imaginar cómo reapropiar los sitios urbanos como un bien común, derribar muros y recuperar el barrio, la plaza, la calle y crear nuevos espacios donde podamos reconocernos y actuar

conforme a nuestros deseos, sin que el miedo nos paralice, porque en este mundo sobre-urbanizado, no hay opción fuera de la ciudad.

Referencias

- DAVIS, Mike, *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Editorial Foca, 2008.
- DELEUZE, Gilles. "Post Scriptum sobre las sociedades de control". En: *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos, 1999.
- HARVEY, David. "Mundos urbanos posibles". En: *Lo urbano*. Catalunya: Ediciones UPC, 2004.
- LEFEBVRE, Henri. *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península, 1973.
- _____. *A Revolução Urbana*. Belo Horizonte: Editoria UFMG, 2008.
- MARCUSE, Peter. "The threat of terrorism and existential insecurity: urban policy responses". En: VV. AA, *Architectures of fear*. Barcelona: CCCB, 2008.
- MARTIN-BARBERO, Jesús. "La nueva experiencia urbana: trayectos y desconciertos". En *Revista Ciudad Viva* 1, Andalucía, 2009.
- WACQUANT, Loïc, *Parias urbanos*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2001.
- YOUNG, Jock. *El vértigo de la modernidad tardía*. Buenos Aires: Ediciones Didot, 2012.

Recibido em: 30/11/2015

Aprovado em: 12/01/2016